

Cuando un policía sufre trastorno bipolar, el caso de más relevancia al que puede enfrentarse es el suicidio de un bibliotecario.

El inspector Vigalondo, perteneciente a la unidad de Crímenes Violentos de la policía judicial, estaba disfrutando de las dos únicas horas semanales que el juez le permitía ver a sus hijas, cuando su arcaica BlackBerry interrumpió la visita y el incómodo ambiente. Las dos niñas, de cuatro y seis años, pasaban aquellas visitas dibujando: señal inequívoca para los psicólogos de que querían abstraerse de la presencia de su progenitor. La llamada de aquella tarde de noviembre hizo suspirar profundamente a la mayor, mientras observaba cómo su padre abandonaba la estancia. La más pequeña continuó absorta en su particular Pollock.

Vigalondo ni siquiera se había quitado su habitual gabardina *beige* con los bajos permanentemente sucios. Bajo ella se escondía un traje gris algo ajado y una camisa blanca con alguna plancha pendiente. Su pelo rizado y corto estaba atacado por las canas en prácticamente toda su extensión. Casi cincuenta años, alto, figura delgada y piel aceitunada y más curtida de lo que indicaba su edad. Mientras atendía la llamada de su superior, se fijó por casualidad en la imagen que reflejaba un espejo y en las

permanentes ojeras terrosas bajo los ojos, efecto secundario de la medicación que le mantenía estable y en el cuerpo de policía.

Había aparecido un cadáver en Tres Cantos. Todo apuntaba a un suicidio, pero los forenses estaban obligados a contar con presencia policial en la escena.

La trabajadora social que supervisaba las visitas supo que Vigalondo se ausentaría antes de las dos horas pactadas en cuanto le vio regresar a la habitación. No era la primera vez. Besó a sus hijas en la cabeza sin articular palabra y dejó escapar algo parecido a una disculpa, mirando a la enviada del juzgado.

—Tengo que irme. Tengo un caso que atender.

Ella asintió lentamente con la cabeza, mientras las niñas reflejaban cierta relajación en su rostro.

El infernal tráfico de Madrid alargó hasta los treinta minutos el desplazamiento a Tres Cantos. La dirección facilitada le llevó hasta una zona industrial, donde varios edificios pensados para albergar oficinas y locales comerciales habían acabado por convertirse en viviendas. En la puerta de la finca le esperaban un portero con rasgos andinos visiblemente nervioso y su recién nombrada compañera, Eva Nevot. Acababa de salir de la academia y contaba veintiséis años. Su media melena, ligeramente rizada, e intensos ojos azules, no conseguían competir con un mentón retraído que se convertía en su rasgo más característico. Su escueta figura ofrecía serias dudas sobre cómo habría conseguido pasar las pruebas físicas para entrar en la policía.

El inspector la miró desde el coche mientras aparcaba y comenzaba a lloviznar. El portero gesticulaba y hacía aspavientos con los brazos, mientras la subinspectora Nevot le observaba impasible. En su vida civil ella no imponía ningún respeto, pero con la placa colgada del cuello era otra cosa.

Vigalondo y ella se conocían desde hacía poco más de un mes, pero ya le había dado tiempo a darse cuenta de que había que respetarla. Su unión no fue casual. Para los mandos, *el poli loco y la canija sin barbilla* tenían poco futuro por separado y ninguno juntos. Él la puso al día de los casos que tenía entre manos, y

## EL ENIGMA QUIJOTE

ella se interesó especialmente por una serie de robos que venían produciéndose en el área de San Sebastián de los Reyes. Siempre se trataba de asaltos casi sin violencia, artículos recién adquiridos y de un alto valor. No había pista alguna ni una descripción fiable de los asaltantes. La subinspectora Nevot trianguló las viviendas asaltadas y comprobó que todas estaban alrededor del centro comercial Plaza Norte. Tomó las matrículas de los coches de los denunciantes y se puso a revisar las cámaras de seguridad del *parking* hasta dar con ellas. Después anotó las de los vehículos que salían justo detrás de las víctimas, hasta que obtuvo una coincidencia. La hipótesis de que el atracador estaba en las inmediaciones del centro comercial atento a las compras caras y que después seguía a sus víctimas hasta sus domicilios resultó plausible y acertada. La matrícula que se repetía en al menos seis ocasiones los llevó hasta una vivienda de Vallecas donde aparecieron varios de los artículos robados y una buena cantidad de efectivo. El asaltante confesó ante las evidencias sin necesidad de apretarle las tuercas. Nevot necesitó tres días de visionado de cintas de seguridad de un *parking* para resolver el caso y ganarse cierto respeto.

Vigalondo bajó del coche y se acercó a su compañera ignorando la lluvia.

—¿Ha subido? —le preguntó sin saludo previo alguno.

—Sí, pero me dijeron que el portero se iba a las siete y quise bajar a hablar con él antes de que se fuera —respondió Nevot mirando al latino.

—¿Y? —inquirió el inspector mirándole a él.

—No sé nada, señor. Yo estoy en la portería; la gente entra y sale. Además, hay salida directa desde el *parking*. No sé cuándo un vecino está en casa o no —se excusó con un fuerte acento de algún lugar de Latinoamérica y visible nerviosismo.

—¿Desde cuándo no ve a...? —Vigalondo miró a su compañera.

Ella hizo uso de una pequeña libreta de cuero negro con cierre elástico.

—Antonio Mendoza —dijo la subinspectora.

—Dos días. Tres días. No lo sé. —El portero parecía a punto de romper a llorar.

—Manténgase localizable —ordenó Vigalondo cuando ya le dejaba atrás y accedía al edificio.

La subinspectora Nevot echó una mirada condescendiente al interrogado y siguió a su compañero. Durante el trayecto de ascensor que los llevó al tercer piso no articularon palabra.

En el pasillo que daba acceso a la vivienda, dos agentes uniformados estaban interrogando a una chica rubia. Vigalondo apenas reparó en ella. El inspector protegió su calzado con sendas fundas de plástico blanco y esperó a que le hiciesen una señal con la mano para entrar, secundado por Nevot. Ambos rodearon las piernas colgantes del cadáver y lo miraron de arriba abajo desde cierta distancia.

La vivienda del fallecido era un *loft* de dos plantas. La primera de ellas la componía un inmenso salón con cocina americana. Al fondo, unos grandes ventanales ofrecían vistas a unos cuidados jardines con piscina y zonas deportivas. La planta superior solo ocupaba la mitad de la superficie, lo que ofrecía aún más amplitud al salón, cuyos techos alcanzaban los cinco metros de altura. La pared de la derecha era una estantería continua atestada de libros. También había varios tomos junto al sofá y sobre el escritorio, que sostenía un ordenador portátil y una impresora. La escalera metálica con peldaños de madera daba acceso a la media planta alta, compuesta por un baño, un vestidor y una zona diáfana, donde se había ubicado la cama. Junto a esta, en el suelo y en la única mesa de noche, más libros. De la baranda metálica que evitaba caídas a la planta inferior, colgaba el cadáver con una mueca horrible dibujada en su rostro. La boca estaba abierta hasta parecer sobrehumana y los ojos parecían a punto de salirse de sus órbitas.

Tres forenses caminaban por la escena, enfundados en monos plásticos blancos y moviéndose como si estuviesen sobre la superficie de la luna. Parecían querer levitar en un intento por no contaminar el escenario. El primero de ellos alzó la mirada y después la voz, no se preocupó por disimular su decepción.

## EL ENIGMA QUIJOTE

—Vigalondo —dijo con tono cansino al compañero que se encontraba más cerca.

Cuando el inspector Vigalondo había acudido al tribunal médico que debía dilucidar si podía continuar en el cuerpo, no perdió su trabajo, ni siquiera su cargo, pero sí el respeto de sus compañeros. De forma automática y prácticamente unánime, todo su entorno dejó de llamarle *inspector* o *señor*; pasó a ser sencillamente Vigalondo. A él nunca le preocupó en exceso el cambio y procuraba disimular e incluso sonreír cuando oía cuchicheos a sus espaldas o sufría alguna pulla por su enfermedad.

En el caso de la decepción del forense, optó por la ignorancia. Además, ni siquiera era el jefe de equipo, tan solo se trataba de un ayudante.

—Vigalondo, suba —dijo el responsable del área forense.

El aludido le miró un instante y se dirigió al nacimiento de las escaleras. Al pisarlos, los peldaños hacían un intenso ruido metálico que inundaba toda la sala. Era como el tañido de una campana y provocó que todos los presentes mirasen al inspector y su sucia gabardina unos instantes.

El forense de la unidad de Crímenes Violentos era Sergio Damas. Un tipo profesional, experimentado y cauto, que valoraba más a la policía por su experiencia que por su historial médico. Como todos, omitía el grado de Vigalondo al dirigirse a él, pero le seguía considerando un buen inspector.

—¿Qué tenemos? —preguntó el recién llegado.

—Parece suicidio. Por lo que hemos averiguado, era bibliotecario o algo así, soltero. —El forense señaló a su alrededor, dando a entender que no era la vivienda de una familia—. Solitario, no sé. No veo signos de violencia y la cerradura está intacta.

—Eso nos indica que llamaron a la puerta —respondió Vigalondo en un susurro mientras se acercaba hasta la baranda para observar la sogá de la que pendía el cadáver—. ¿Quién encontró el cuerpo?

—La modelo de la puerta —respondió el forense.

—¿Modelo?

—¿No la ha visto? —preguntó Damas.

## JOSE BARROSO

Vigalondo negó con la cabeza mientras se asomaba al vacío intentando aproximarse al cadáver.

—¿Hay más cuerda? —preguntó el inspector.

—De momento, no —respondió el forense.

—Un trozo muy apropiado para colgarse —opinó Vigalondo viendo el poco sobrante que quedaba del nudo y la conveniente altura que separaban los pies del difunto del suelo de la planta baja.

—Los suicidas suelen ser metódicos.

El inspector se tumbó en el suelo y siguió mirando lentamente la soga de arriba abajo hasta llegar a la cabeza del fallecido. En ese instante un olor llamó su atención.

—Metódicos y aseados —dijo mirando al forense.

—¿Qué quiere decir?

—Huele a gel de baño. O se duchó justo antes de colgarse o alguien limpió el cadáver para borrar sus huellas. La descomposición aún no ha ocultado el olor.

—No parece asesinato, Vigalondo —insistió Damas con toda seriedad.

—¿No echa algo en falta? —preguntó el inspector.

—Heces —respondió el forense ante el asentimiento de Vigalondo.

—El cuerpo de un fallecido se vuelve incontinente, ¿no? Debería haber heces bajo sus pies y no oler así de bien.

El policía recordó cómo a los condenados a muerte en Estados Unidos los obligaban a ponerse un pañal para adultos bajo el mono, antes de llevarlos al patíbulo donde recibirían la inyección letal. En los años setenta los funcionarios se habían quejado por tener que recoger aquellas heces y se adoptó esta humillante costumbre.

—No siempre es así. La postura, la forma de morir, incluso el posible estreñimiento afecta. Pudo ir a mear cinco minutos antes de colgarse y evitar el derramamiento de heces.

—Así que hizo uso del baño, se duchó, se enjabonó, contaba con el trozo de cuerda perfecto y se ahorcó sin hacer ruido —dijo Vigalondo observando cómo el forense apartaba

## EL ENIGMA QUIJOTE

la mirada, incómodo—. Mucho cuidado durante la autopsia. No me gusta.

Damas asintió torciendo el gesto.

—Voy a hablar con la chica.

Al bajar a la planta inferior del *loft*, Vigalondo reparó en que su compañera estaba anotando algo en su libreta mientras observaba con detenimiento el cadáver. Se acercó a ella y solo necesitó una mirada inquisitiva para obtener una respuesta.

—Zapatos, calcetines, pantalón perfectamente planchado con raya, camisa impoluta y cinturón alineado con la abotonadura de la camisa. Tanta pulcritud no cuadra con alguien que va a suicidarse —dijo la subinspectora Nevot haciendo uso de su libreta a pesar de tener el cuerpo delante.

Vigalondo miró hacia la planta superior y descubrió a Damas observándolos. Lo miró también fijamente, elevó las cejas, torció la cabeza y continuó hacia el exterior de la vivienda.

La *modelo*, como la había definido el forense poco antes, era una chica con algo menos de cuarenta años. Rubia, de boca inmensa, dientes perfectos, ojos oscuros y una figura envidiable. Medía algo más de un metro setenta y, por su vestimenta, parecía haber salido a correr. Si ya era llamativa, sus mallas y top ajustados no ayudaban a que pasase precisamente desapercibida. Los dos policías uniformados que la acompañaban habían pasado del interrogatorio al flirteo en poco tiempo, aunque ella no les estaba prestando atención. Ambos estaban apoyados contra la pared de manera informal, mirándola de arriba abajo e intercambiando algún codazo cómplice. Vigalondo los sorprendió de espaldas.

—Señores —dijo para indicar su presencia.

Estela Miró tenía los ojos enrojecidos por un llanto reciente, que había arrastrado consigo algún resto de maquillaje.

—La señorita Miró encontró el cadáver y nos avisó, Vigalondo —dijo uno de los uniformados al tiempo que recuperaba una posición más formal ante su superior.

—Soy el inspector Vigalondo, de Crímenes Violentos.

—Estela Miró —dijo la chica con un hilo de voz.

—¿Cómo encontró el cuerpo? —inquirió el inspector.

JOSE BARROSO

—Tengo llaves de su casa —dijo ella con algo más de ánimo y revelando un pausado y coqueto acento canario.

—¿Qué relación mantenían?

—Somos compañeros de trabajo —respondió de nuevo en un susurro.

—¿Y por eso tenía llaves de su casa?

—Soy canaria y no tengo familia en Madrid. Quise que alguien tuviese llaves de mi casa por si perdía las mías y confío en el profesor Mendoza. Cuando le propuse que guardase un juego de llaves de mi casa, él me ofreció también las suyas. Pero no somos pareja, si es lo que está insinuando.

—Entiendo —dijo Vigalondo con toda seriedad—. ¿Y llevaba las llaves encima?

—No. El profesor no ha venido a trabajar esta mañana y no contestaba al teléfono. Vine y llamé a la puerta. Cuando no me abrió, fui a mi casa a por las llaves y volví aquí. —Las lágrimas volvieron a los ojos de Estela.

—¿Cómo vino? —preguntó Vigalondo.

—En coche.

—¿Las dos veces?

—Sí.

—¿Estaba haciendo deporte?

—Estoy cómoda —contestó Estela mirando su ajustada indumentaria, al mismo tiempo que cruzaba los brazos sobre los pechos.

—¿A qué hora vino la primera vez?

—Sobre las cuatro. Cinco y media la segunda vez.

—¿Dónde vive usted?

—En Coslada.

—No hay cuarenta y cinco minutos de aquí a Coslada. Y no era hora punta —advirtió Vigalondo.

—Al principio no pensé en volver, estaba preocupada, pero quería encontrar una explicación. Tras llamarlo unas cuantas veces más al móvil, me decidí a venir —explicó ella.

—¿Hizo algo más en esa hora y media?

—Pasé por el supermercado.

—Una compra rápida —opinó Vigalondo.

## EL ENIGMA QUIJOTE

—Solo necesitaba un par de cosas.  
—¿Eso fue antes o después de la primera visita?  
—Después. Antes de volver a mi casa y volver a llamarle  
—respondió Estela sin comprender muy bien el torrente de preguntas.

Vigalondo se volvió hacia los dos uniformados.  
—¿Tenéis el móvil de la víctima?  
—Sí, está procesado como prueba —respondió uno de ellos.  
—Pues desprocésalo —contestó el inspector.  
—Vigalondo, las huellas...  
—Tráelo en una puta bolsa, solo quiero comprobar las llamadas de la señorita Miró.

El policía se dio la vuelta y fue a buscar el móvil.  
—¿Comprobar mis llamadas?

Vigalondo no contestó, pero sabía muy bien que la mitad de los crímenes violentos los comete la misma persona que llama a la policía, después de haber intentado ocultar sus propias huellas. El agente regresó con el aparato, sosteniéndolo con unos guantes de látex a modo de protección. Vigalondo usó el mismo método e intentó desbloquear la pantalla.

—Es un patrón de desbloqueo, ¿lo conoce? —preguntó a la interrogada.

—Dibuje una C —dijo ella.

Al instante el móvil mostró una pantalla saturada de aplicaciones. El inspector buscó el registro y comprobó que diez de las doce últimas llamadas entrantes eran de «E. Miró». Los horarios también coincidían. La comprobación había provocado un tenso silencio que se vio interrumpido por la vibración y posterior tono del teléfono del fallecido. Alguien le estaba llamando. Era un pitido estridente que, unido a la vibración, hizo que Vigalondo perdiese el frágil equilibrio que mantenía con el guante de látex y el terminal acabase en el suelo. El golpe detuvo el sonido al mismo tiempo que los cuatro testigos del accidente ponían cara de circunstancias.

—Lléveselo —ordenó Vigalondo a uno de los policías uniformados al tiempo que le tendía el guante de látex—. Bien —reto-

JOSE BARROSO

mó el inspector mirando a la señorita Miró—, ¿a qué se dedican?  
¿Son bibliotecarios?

Ella le miró con cara de asombro.

—Trabajamos en la Biblioteca Nacional, pero somos investigadores. El profesor Mendoza es una autoridad en textos antiguos —contestó Estela.

—¿Y usted es...? —insistió Vigalondo.

—Su ayudante.

—¿Y qué investigan?

—Se lo he dicho: textos antiguos.

—Sea más concreta. ¿En qué trabajaban ahora mismo?

—Ahora mismo en el Quijote —respondió Estela con solemnidad.

—El Quijote... —repitió Vigalondo sin comprender—. Investigan el Quijote.

El inspector se encogió levemente de hombros solicitando más respuestas.

—Las obras de los grandes autores de la literatura universal, desde Virgilio, Homero o Dante encierran secretos. En muchos casos, su verdadera misión es transmitir un mensaje más o menos oculto en el texto aparentemente inocente —dijo Estela ante el escepticismo de Vigalondo y provocando que el resto de los presentes apartasen la mirada de ella.

—Secretos. —El inspector hizo una pausa incómoda y reflejó la incredulidad en el rostro—. Y ustedes los descubren.

—Lo intentamos.

—Bien, señorita Miró. Ahora quiero que me cuente lo que ha hecho esta tarde en sentido inverso —dijo Vigalondo cambiando de tema.

—¿Inverso?

—Ya me ha oído.

—Entré en la vivienda del profesor Mendoza, llamé a la policía...

—Inverso, Estela. Entiendo que nos llamó después de entrar —interrumpió Vigalondo.

## EL ENIGMA QUIJOTE

—Sí, disculpe. Llamé a la policía, accedí al piso con mis llaves, vine en coche desde Coslada, allí había marcado el móvil del profesor. Pasé por el súper, antes había estado aquí llamando insistentemente al timbre y estuve todo el tiempo preocupada porque el profesor no había ido a trabajar —expuso ella de carrerilla, aunque sin entender lo que estaba haciendo—. ¿Qué significa esto?

—Cuando inventamos una coartada, la memorizamos de forma ordenada. Solo cuando el relato de los hechos es real, somos capaces de contarlos en orden inverso sin contradicciones —explicó el inspector.

—¿Soy sospechosa de algo? —preguntó Estela Miró al borde de la indignación.

—Ya no —contestó Vigalondo—. Que hable de su amigo sin usar el pretérito también la ayuda.

—¿Cómo?

—Habla de Mendoza en presente. Aún no ha asumido su muerte. Si supiese desde esta mañana que ha fallecido ya usaría los tiempos verbales en pasado.

Estela asintió lentamente. Tenía reflejada en la mirada la molestia de quien se sabe sometida a una prueba injusta.

—Volvamos a su trabajo con los libros —dijo Vigalondo sacando a la chica de su breve distracción—. ¿Hay algo que les haga pensar que en el Quijote hay un secreto?

Estela Miró respiró hondo y maduró su respuesta unos instantes.

—Bastantes, en realidad. Desde el prólogo, Cervantes ya advierte de que en la novela «... se esconden los pasos que hay que seguir...» y «... dichosa la edad y siglo dichoso en que salgan a la luz las hazañas mías».<sup>1</sup>

—¿No son las *hazañas* de don Quijote?

—Es el prólogo. Miguel de Cervantes habla en primera persona, no de su personaje —aclaró Estela Miró.

---

1. Para este trabajo se han usado dos facsímiles de las primeras ediciones del Quijote, editadas por Juan de la Cuesta en 1605 y 1615 respectivamente. El texto nombrado corresponde a los prólogos de cada una de ellas. En adelante, se nombra volumen y prólogo o capítulo.

—¿Puede ponerme un ejemplo más claro de lo que está hablando? —insistió el inspector.

—¡Vigalondo! —llamó Damas desde el interior de la vivienda—. Vamos a bajar el cadáver.

—Es mejor que no vea esto —dijo amablemente a la interrogada—. Espéreme un momento.

Cuando el inspector volvió a acceder a la vivienda, los tres forenses ya se afanaban por sostener el cuerpo con todo cuidado y lo depositaban en una camilla de altura extensible. Damas le abrió la camisa con cuidado, tomó un bisturí de su maletín y practicó una incisión de unos cuatro centímetros en el lado derecho del tórax del fallecido. Introdujo una pequeña sonda equipada con un termómetro y esperó unos instantes.

—¿Hora de la muerte? —preguntó Vigalondo sin esperar a que Damas acabase su comprobación.

—Apenas ha empezado el *rigor mortis* —dijo mientras extraía la sonda del cadáver—. Treinta y cuatro grados..., aunque con esta calefacción... —Damas negó con la cabeza—. Unas cuatro horas. No más de cinco, en cualquier caso —expuso el forense.

—Casi la pilla aquí —respondió Vigalondo tras girar la cabeza hacia el muro que separaba la vivienda del pasillo y queriendo ver a Estela Miró a través de la pared.

Damas y sus ayudantes no detenían su trabajo. Ya estaban introduciendo el cadáver en una funda de grueso linóleo gris y se disponían a marcharse. Los tres forenses empujaron la camilla hacia la puerta, uno de ellos se detuvo a echar un último vistazo a la estancia antes de salir y se dirigió a la subinspectora Nevot.

—Todo vuestro —dijo antes de desaparecer por el pasillo.

Estela Miró clavó la mirada en el suelo con consternación para evitar la visión de la bolsa con el cadáver.

En el interior de la vivienda, Vigalondo giró sobre sus talones trescientos sesenta grados para tomar una perspectiva visual de lo que tenía a su alrededor.